

Localizado por la DEA, la Marina finalmente recapturó a Caro Quintero

proceso



Luis Echeverría

**LA HISTORIA
LO CONDENA**

SEMANARIO DE INFORMACIÓN Y ANÁLISIS No. 2385
17 DE JULIO DE 2022 • MÉXICO \$60.00 / USD \$4.80



7 150302 919369

Mario Delgado Carrillo
Presidente Nacional de Morena
Presente:

MEXIQUENSES de *corazón*

Los abajo firmantes, **Diputados Locales y Federales (2021-2024) y ex Diputados Locales y Federales (2018-2021) de morena y partidos aliados**, pertenecientes a la cuarta transformación, todos del Estado de México, nos dirigimos a usted para expresarle públicamente nuestro punto de vista y opinión sobre la convocatoria para designar, mediante encuesta, al Coordinador de Comités de Defensa de la 4T de **morena** en el Estado de México.

Uno. Hubiéramos querido que antes de la encuesta se hubiera definido a este representante por el mecanismo del consenso. Ya que este planteamiento no ha tenido respuesta en algunos actores que aspiran a dicho nombramiento, reiteramos la importancia política, electoral, económica y estratégica que tiene nuestra entidad y por lo mismo insistimos en que el proceso sea llevado con mucho cuidado y el resultado del procedimiento no deje duda alguna sobre la rigurosidad profesional con que se trabaje.

Dos. Después de un exhaustivo diagnóstico y análisis de los escenarios probables a que nos vamos a enfrentar y de revisar con sumo cuidado, objetividad y el respeto que nos merecen cada uno de las y los compañeros que han expresado su interés por participar en dicha designación, concluimos que la propuesta que reúne las mejores condiciones para enfrentar el 2023 y llevar adelante el proyecto de transformación para el Estado de México durante el próximo sexenio es el compañero:

HIGINIO MARTÍNEZ MIRANDA

Tres. Entendiendo el alcance de nuestra firma en este documento y sabiendo que la opinión aquí expresada, está en el marco de la libertad que nos da **morena**, este mensaje es también para todos los militantes y simpatizantes para que se sumen a la propuesta que hacemos del **Senador Higinio Martínez Miranda**.

Cuatro. Ratificamos nuestro compromiso de respetar el resultado de las encuestas y la decisión que tomen los órganos de dirección nacional.

ATENTAMENTE

DIPUTADAS Y DIPUTADOS LOCALES

Maurilio Hernández González Tultitlán	Nazario Gutiérrez Martínez Texcoco	Ariel Juárez Rodríguez Cuautitlán	Daniel Sibaja González Ecatepec	Adrián Galicia Salceda Chicoloapan
Yesica Rojas Hernández Valle de Chalco	Gerardo Ulloa Pérez Nezahualcóyotl	Marco Antonio Cruz Cruz Teoloyucan	Jorge García Sánchez Cuautitlán Izcalli	Marisol Mercado Torres Valle de Bravo
Azucena Cisneros Coss Ecatepec	Faustino De La Cruz Pérez Ecatepec	Camilo Murillo Zavala Ecatepec	Abraham Saroné Campos Lerma	María Del Rosario Elizalde Acolman
Emiliano Aguirre Cruz Chimalhuacán	Mónica Álvarez Nemer Toluca	Karina Labastida Sotelo Naucalpan	Valentín González Bautista Nezahualcóyotl	

EX DIPUTADAS Y EX DIPUTADOS LOCALES

Benigno Martínez García Jilotepec	Mariana Uribe Bernal Naucalpan	Nancy Nápoles Pacheco Tenancingo	Julieta Villalpando Riquelme Atlacomulco	Armando Bautista Gómez Cuautitlán Izcalli
Bryan Tinoco Ruiz Ecatepec	Miguel Ángel Xolalpa Chalco	Berenice Medrano Rosas Zumpango	Liliana Gollas Trejo Naucalpan	María Elizabeth Millán García Metepc
Julio Hernández Ramírez Los Reyes	Montserrat Ruiz Páez Tecámac	Margarito González Morales Lerma	Rosa María Pineda Campos Nezahualcóyotl	Tanech Sánchez Ángeles Tlalnepantla

DIPUTADAS Y DIPUTADOS FEDERALES

Guadalupe Román Ávila Ecatepec	Alma Delia Navarrete Rivera Ecatepec	María Eugenia Hernández P. Ecatepec	Juan Pablo Sánchez Rodríguez Nezahualcóyotl	Susana Cano González Nezahualcóyotl
Juan Ángel Bautista Bravo Nezahualcóyotl	Dionicia Vázquez García Tultepec	Karla Almazán Burgos Texcoco	Roberto Domínguez Rodríguez Zumpango	Arturo Hernández Tapia Tenancingo
Gustavo Contreras Montes Tultitlán	Martha Camacho Reynoso Lerma	Cesar Agustín Hernández P. Chicoloapan	Armando Corona Arvizu Ixtapaluca	Luis Enrique Martínez Ventura Valle de Chalco

EX DIPUTADAS Y EX DIPUTADOS FEDERALES

Edgar Arenas Madrigal Cuautitlán	María de los Ángeles Huerta Naucalpan	David Orihuela Nava Lerma	María Eugenia Muciño Martínez Toluca	Sergio Pérez Hernández Almoloya del Río
Maria Guadalupe Díaz Avilez Toluca	Marco Antonio Reyes Colín Zinacantepec	José Luis Montalvo Luna Los Reyes	Socorro Bahena Jiménez Atizapán de Zaragoza	

Responsable de la publicación: Azucena Cisneros Coss



ROSARIO PIEDRA IBARRA

A ECHEVERRÍA “YA LO ESTÁ JUZGANDO LA HISTORIA”

PATRICIA DÁVILA

A Luis Echeverría Álvarez lo absolvió la simulación de justicia, pero la historia no lo absolverá. Reprimió, violó gravemente los derechos humanos y cometió el delito de desaparición forzada, tortura y genocidio, afirma Rosario Piedra Ibarra, hija de doña Rosario Ibarra de Piedra, la incansable luchadora social que murió sin encontrar a su hijo Jesús, desaparecido por el régimen represivo. En su lecho de muerte, sus hijas le prometieron seguir luchando hasta dar con su paradero.

Rosario Piedra, cuyo nombramiento como presidenta de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) fue cuestionado y provocó renuncias de consejeros, espera que en los dos años restantes de

La muerte de Luis Echeverría en nada cambia la lucha de los familiares de sus víctimas para dar con el paradero de éstas ni los procesos de investigación de la CNDH, dice en entrevista su titular, Rosario Piedra Ibarra. En todo caso, señala, el expresidente –con quien la luchadora social Rosario Ibarra de Piedra se entrevistó en 39 ocasiones, infructuosamente– perdió la oportunidad de hacer justicia y la historia lo está juzgando en consecuencia.

rado un presidente que reprimió, violó gravemente los derechos humanos y cometió el delito de desaparición forzada, tortura y genocidio.

–¿Ella falleció con algún sentimiento de frustración por no haber visto la justicia aplicada en Luis Echeverría?

–No Luis Echeverría nada más, en eso tendríamos que ser claros. Echeverría es un personaje oscuro, terrible, represivo, un sátrapa, como se le ha llamado. Pero (la frustración) sobre todo es por la angustia de no saber de los nuestros. La lucha que emprendió mi madre y que tenemos muchas de las víctimas, en este caso yo estaría hablando también como la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, es buscar la justicia, saber de los desaparecidos. Saber la verdad, y la justicia vendrá después. Esta es la lucha de mi madre.

“¿Cuál fue siempre su angustia? No saber de su hijo, en dónde estaba, en qué condiciones se encontraba. Tuvo noticias de que a mi hermano lo había detenido la Brigada Blanca de la Dirección Federal de Seguridad, entonces comandada por Luis de la Barra Moreno. Esto es algo muy terrible porque hay partes filmadas, sabemos que fue capturado, trasladado en avioneta, de la ciudad de Monterrey a México, que Miguel Nazar Haro lo entregó y que a raíz de esa fecha permaneció en prisiones clandestinas, en Santa Martha Acatitla, en el Campo Militar Número 1 (de la Ciudad de México) y la última vez en que se le vio fue en el Campo Militar La Joya (en Torreón, Coahuila).”

–Comentaba que no sólo fue Luis Echeverría. Sin embargo se le considera el ejecutor político y la justicia lo absuelve de genocidio. ¿Es justo?

–La “justicia” entre comillas, porque en ese tiempo del presidencialismo, cuando existían todas esas complicidades y pactos de silencio de un presidente a otro y de las autoridades, no puede decirse que había justicia. A Echeverría lo absolvió la simulación de justicia. Eso tiene que cambiar en este país.

Asegura: “Si lo absolvió esa supuesta justicia, la historia no lo absolverá. De eso

vamos a encargarnos quienes queremos que se conozca la verdadera historia, la historia oculta que un régimen de corrupción y de simulación ha querido ocultar”.

Por ello, señala, casi a su llegada a la CNDH se creó la oficina especial para investigar la represión y las desapariciones forzadas por violencia política del Estado durante el pasado reciente, que abarca de 1951 a 2016, aunque si encuentran violaciones anteriores o posteriores se incluirán.

Abrir todos los archivos

Sobre los hallazgos de esa oficina especial acerca del periodo en cuestión, dice:

“Queremos romper con ese mito de la Guerra Sucia. Nosotros, y creo que mi madre también así lo consideraba, creemos que la Guerra Sucia es un mal nombre, eso no existió. Existió violencia del Estado hacia la población, no nada más hacia los disidentes, porque cuando hubo la represión no se enfocaba únicamente a quienes en ese periodo de 1965-67, o después del 68, deciden tomar las armas. No se limitó a eso, sino que se persiguió a los guerrilleros, a jóvenes valientes que tomaron las armas para cambiar un régimen porque ya había antecedentes de violencia.

“Eso es lo que hemos estado encontrando en esta oficina especial. Por eso elegimos 1951 (como inicio del periodo de investigación), cuando Miguel Alemán crea la DFS. Un aparato diseñado para atacar a todo aquel que se sospechaba que podía ser un peligro para el sistema, para el Estado. También se dieron masacres terribles que están olvidadas.

“Echeverría formó parte de ese aparato represivo del régimen; fue artífice, pero no fue el único. También hay jefes de la policía, militares. No podemos desconocer cómo se utilizó al Ejército y a la Marina.”

Sobre los nombres de los otros involucrados en esos crímenes, señala que debido a la investigación no puede ventilarlos, excepto los ya conocidos: Miguel Nazar Haro, Luis de la Barra...

Piedra Ibarra señala que no tiene fecha para presentar el siguiente informe. ▶

la presente administración los archivos de campos militares, bases navales, hospitales y prisiones realmente sean abiertos: “El presidente tiene empeñada su palabra; vamos a seguir pidiendo que se abran”.

En entrevista, Piedra Ibarra lamenta que organismos internacionales, como la ONU y Amnistía Internacional, no hayan ayudado a su madre. Advierte al pueblo de México que la justicia no viene sola: “Siempre tiene que haber presión popular, presión social”.

–Su madre fallece hace meses sin encontrar a su hijo Jesús, y sin justicia, porque Luis Echeverría legalmente no es considerado un genocida... –se le plantea.

–No muere sin ser considerado un genocida. Es considerado un genocida por las víctimas, por una buena parte del pueblo de México, por organismos internacionales, gracias a la lucha de 50 años de mi madre y de muchas otras personas, para que Luis Echeverría Álvarez sea conside-



Doña Rosario. Un grito vigente

que abarca el periodo de Luis Echeverría y "otros actores", sin embargo asegura que la CNDH se apresura:

"Queremos que las víctimas estén satisfechas. Él (Echeverría) tenía mucha información. Lo importante es abrir los archivos, no sólo el Archivo General de la Nación, sino los de campos militares, bases navales, de hospitales, de prisiones. Es un trabajo titánico y requiere de cooperación para que haya apertura.

—¿Cree que el Ejército realmente abra sus archivos?

—Hay un anuncio de que lo van a hacer, y si no se hace, pues para eso confiamos en nosotros mismos, en las víctimas y en el pueblo. Por eso la importancia de que el pueblo se entere de los pasos que se están dando y de que en un determinado momento, si esto no pasa, se ejerzan todos los mecanismos para hacer posible la apertura de estos archivos, y desde la CNDH ejercer también todos los instrumentos legales con que contamos para llegar a la verdad y con ello a la justicia.

—¿Obligar al Ejército? —se le insiste.

—Abrir los archivos es un derecho que merecemos todos los mexicanos, no con un afán de venganza, sino de saber quiénes son los verdugos, los perpetradores. Pero sobre todo tenemos que saber qué pasó con nuestros familiares, dónde están, si es que algunos están, si no están pues tendría el

Estado que decir qué hizo con ellos, a través de los informes que den. Y para eso estamos, para llegar a la verdad, y yo creo con ello vendrá la justicia. La desmemoria es lo más terrible que le puede pasar a un pueblo.

Acerca de si su madre doña Rosario Ibarra de Piedra estaba satisfecha con el trabajo de su hija como presidenta de la CNDH, señala:

"Yo creo que ella sabía que lo que se hiciera de parte mía era con base en eso. No puedo yo, como hija de Rosario Ibarra, traicionar esa búsqueda incansable, esa esperanza. Mi madre se entrevistó con Luis Echeverría Álvarez en 39 ocasiones; en algunas la logré acompañar, en otras mi hermana, en otras mi hermano. ¿Y qué hacía ella? Reclamarle justicia, le exigía saber el paradero de mi hermano. Nosotros estamos en eso, aunque él (Echeverría) ya no esté, porque de él vimos la cerrazón, que no iba a aportar nada."

Al preguntarle si a la Comisión de la Verdad le alcanzará el tiempo para encontrar justicia, responde: "Yo espero que cualquier instancia que quiera esclarecer estos crímenes aproveche el tiempo. Nosotros como CNDH estamos preocupados por nuestro trabajo. Y si hubiera quejas de las víctimas, nosotros estamos para empujar a las fiscalías y en este caso también a la comisión. Pero empujar en el buen sentido, de coadyuvar para encontrar la

verdad, para llegar a la justicia".

—¿Los soldados caídos durante la represión merecen el mismo trato que las víctimas?

—Lo expresamos en un posicionamiento de la CNDH. No es lo mismo. Nuestros familiares desaparecidos o los que fueron asesinados estaban en una desproporción muy grande de fuerza. Jamás podríamos equiparar la desaparición porque son violaciones graves las torturas. Ellos —los soldados— cayeron cumpliendo su deber. Las violaciones graves estuvieron orquestadas desde el presidente de la República hasta por personajes tan oscuros, tan terribles como un Miguel Nazar Haro, Salomón Talud, en fin, otro tipo de personajes muy, muy terribles y que no merecen, obviamente, el mismo trato que nuestras víctimas.

"Nosotros hemos dicho que sí, probablemente sus nombres tendrían que estar en el muro, pero en el muro de la ignominia porque la historia no va a perdonar esos crímenes de lesa humanidad. Y no con un afán de venganza, vuelvo a decir, sino con el fin de llegar a esa reconciliación tan anhelada. Pero tiene que haber justicia primero y poco a poco esa reconciliación se irá dando.

Sobre la posible disculpa del Ejército, reflexiona: "No sé si las víctimas estén diciendo eso. Algunas lo dirán, están en su

derecho ¿A mí de qué me sirve una disculpa si no se llega a la verdad? Más que eso, la apertura de archivos, el permitir las investigaciones, los testimonios que se requieran para, en un determinado momento, llegar a saber de los nuestros. ¿Por qué se tiene que esclarecer? Para garantizar que esos hechos no se vuelvan a repetir, esto es algo muy importante, la no repetición”.

Cuando nadie recuerde a Echeverría...

El 23 de octubre de 2019, a 44 años de la desaparición de su hijo y cuando doña Rosario Ibarra tenía 92 años, el pleno del Senado de la República aprobó otorgarle la Medalla de Honor Belisario Domínguez. Al recibir la presea, decidió dejarla en custodia del presidente Andrés Manuel López Obrador:

“No quiero que mi lucha quede inconclusa –decía su mensaje–. Es por eso que dejo en tus manos la custodia de tan preciado reconocimiento y te pido que me la devuelvas junto con la verdad sobre el paradero de nuestros queridos y añorados hijos y familiares.”

Doña Rosario murió el 16 de abril de 2022 sin conocer el paradero de su hijo Jesús

–¿El presidente, como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, obligará realmente al Ejército a que abra los expedientes?

–Ya lo dijo –responde.

–Pero no lo han hecho.

–Eso es lo que tendríamos que ver, pero él ya lo dijo. Como presidenta de la CNDH me interesa que esos archivos se abran precisamente para responder a las víctimas en las recomendaciones que se están haciendo. Vamos a empujar para que se abran, tenemos aquí muchas quejas que han aportado las víctimas. Tenemos que corroborar dónde estuvo ese detenido o la detenida, en tal prisión, en dónde fue torturado, tenemos que ir a verificar en los archivos y ver qué más se encuentra. En eso estamos trabajando.

–¿Qué tiene que cumplirse para que una víctima sienta que recibió justicia?

–Colectivos muy heterogéneos están pidiendo la verdad, la justicia, y por ende vendrá la reparación integral del daño. A veces se piensa que la reparación integral es nada más la parte económica, pero no: es precisamente rescatar toda esa memoria de violaciones tan graves a los derechos humanos, porque muchos de ellos (los desaparecidos) fueron también equiparados con delincuentes, se denigró su memoria. Eso se tiene que resarcir, es muy importante para las víctimas el que haya

ese reconocimiento del Estado mexicano de que no fueron delincuentes, de que fueron luchadores que arriesgaron su libertad, su vida, a su familia...

“Fue tan cruenta la represión que se llevaron a familias enteras, poblados enteros, como sucedió en Guerrero con todos los que llevaban el apellido Cabañas, fueron arrasados. Ahora son los más sonados, pero no quiere decir que sólo ellos existieron, hay muchos otros colectivos de otras familias que también sufrieron esa represión y no se les reconoce.”

Indica que su función es rescatar todos esos nombres de personas que están en calidad de desaparecidas y darlos a conocer para que el pueblo de México y los pueblos del mundo sepan que aquí se cometieron los mismos abusos que en dictaduras militares, a pesar de no haber tenido una dictadura militar. “Aquí fueron presidentes electos en las urnas quienes los cometieron”, dice la titular de la CNDH.

–Su madre muere después de 50 años de exigir justicia. A este gobierno le quedan poco más de dos. ¿Qué se va a lograr en el tema de derechos humanos?

–Mi hermana y yo, las que quedamos de la familia, le prometimos en su lecho de muerte que seguiríamos luchando hasta saber el paradero de nuestros familiares. Espero que estos dos años sean fructíferos para mí también, yo no tengo mucho tiempo aquí, pero eso es muy independiente. Como familia seguiremos luchando. Espero que en este tiempo se logren esclarecer esos periodos tan oscuros de represión política contra el pueblo de México.

“Como presidenta de la comisión y como familiar, no vamos a quitar el dedo del renglón. Vamos a seguir adelante porque yo

tengo esa herida también, es un dolor muy grande que nos deja la desaparición forzada. Es una tortura perenne que no sólo afecta a la víctima directa, sino a toda la familia, a los allegados, y por eso debe parar.”

Al pedirle una postura ante la muerte de Echeverría, ocurrida el pasado 8 de julio, duda un poco:

“¿Qué sentí? Era alguien que yo no tenía... Cómo le diré, nosotros no tenemos esa obsesión, eso quiero que quede claro. ¿Que esperábamos? No esperábamos nada. Realmente no lo hizo cuando tuvo la oportunidad de hacerlo, cuando yo creo que tenía la fuerza para decir ‘Yo voy a hacer justicia’, no lo hizo. ¿Qué sentí? ¿Qué voy a sentir? ¿O qué se siente? Yo no deseo la muerte de ningún ser humano, aunque hayan sido los torturadores o los artífices de la represión. Pero pues ni modo, se fue desaprovechando una oportunidad. Ya la historia lo está juzgando. Desde que cometió esos errores lo empezó a juzgar. La historia es implacable.”

Al mencionarle que en el velorio de Echeverría se notó la ausencia de políticos y miembros de su partido, comenta:

“Estuvo solo. Por eso le digo: ¿Qué es lo que siembra? Siembra soledad, abandono. Eso es lo que él recogió: soledad, abandono, vergüenza. Es muy triste. Sin embargo, el velorio de mi madre estuvo muy concurrido a pesar de que se veló en la ciudad de Monterrey. Las muestras de cariño, las muestras de tristeza fueron múltiples, miles. Eso es lo que nos reconforta, y yo creo que, como decía mi madre, cuando nadie se acuerde de Luis Echeverría Álvarez, todos van a recordar quién fue Jesús Piedra Ibarra y muchos de los desaparecidos que hoy nos faltan”. 



Piedra Ibarra. Los pendientes

Miguel Durrayuga

En su libro *Los Presidentes*, el periodista Julio Scherer García desnuda la personalidad de Luis Echeverría; retrata al candidato, al ungido, al hombre y al “presidente-dios” que desde Los Pinos detentó el poder entre 1970 y 1976. En el presente texto, nutrido de extractos de su obra, el fundador de Proceso da cuenta del doble discurso del mandatario en materia de libertad de expresión y de los juegos de gobierno para influir en empresarios y para operar hechos que lastimaron al país, como los del 2 de octubre de 1968 y del 10 de junio de 1971.

JULIO SCHERER GARCÍA

El abrazo de Luis Echeverría fue estrecho, intensa su manera de confiarme casi al oído: “Será para bien de nuestros hijos”.

Desde finales de 1968 había descendido sobre el país una tristeza agria, malsana. La matanza del 2 de octubre de ese año, el despotismo del presidente Díaz Ordaz, su desprecio por los intelectuales, su desdén por la prensa, su lejanía de la gente, todo formaba parte de una manera ingrata de vivir la vida.

Unos cuantos minutos estuve con Echeverría el 21 de octubre de 1969. La víspera había sido destapado como precandidato a la Presidencia de la República. Desde el primer momento sus partidarios se adueñaron de los pasillos y antecorredores de la Secretaría de Gobernación. Era suyo el espacio, el aire. Lanzaban porras, gritaban sin cesar, cantaban. Echeverría sería candidato, presidente, Dios, presidente-dios. Su toma de posesión tendría el significado de un cambio de estación en la naturaleza. Reverdecería el país.

Moya Palencia me había llamado a la Dirección de Excelsior para que me reuniera con su jefe. El licenciado desea saludarlo, ponerse a sus órdenes... Al salir de Gobernación interpreté las

ECHVERRÍA DISECCIONADO POR JULIO SCHERER GARCÍA

“UN HOMBRE FALSO
COMO NINGUNO”

palabras de Echeverría como una manera de anticiparme que el ritmo de la respiración cambiaría en Palacio. Duros y crueles habían sido los tiempos de Díaz Ordaz. Otro hombre al frente de la nación podría significar una nación distinta, me decía de regreso al diario.

En ese ánimo hubiera querido olvidar el 2 de octubre.

Aquella noche en un telefonema urgente me había advertido el secretario de Gobernación que en Tlatelolco caían sobre todo soldados, y a punto de colgar el teléfono había dejado en el aire la frase amenazadora: "Queda claro, ¿no?".

También hubiera deseado apartar la imagen de todos conocida: quince horas diarias en su despacho, servil a fórmulas y rutinas, pendiente de Díaz Ordaz hasta el cielo, confundida la solidaridad con el servilismo. Otro tendría que ser el futuro, que el pasado había sido amargo, como nunca antes en los últimos sexenios.

Ante la mirada atónita del país Echeverría logró su transfiguración, de un día para otro apareció en escena elocuente, vivaz, desenvuelto. Aprendió a sonreír, perdió peso. Si había sido tieso, arrojaba sacos y corbatas al guardarropa y ponía en

circulación la guayabera. Si su estilo había sido el de un cortesano, el oído al acecho del superior, sus nuevas maneras eran las del hombre libre.

Su esposa también despertaba. De doña Esther Zuno se comentaba que había sido una luchadora social contenida por la rigidez y las ambiciones del secretario de Gobernación. El presente la revivía. Llamaba al candidato por su apellido, Echeverría, y en su voz había pasión y orgullo. Dejaba en claro que se dirigía a él como a un ciudadano. Echeverría era un nombre para todos y doña Esther aplazaba en público la hora de reunirse con su marido. Ella también deseaba oírse llamar como una igual entre iguales. "Dígame compañera", pedía.

Hablaba sin reposo el candidato. De un lado para otro, excitado siempre, era el movimiento continuo. Envuelto en un cierto aire indómito atraía poderosamente la atención de los periodistas, curiosos por vocación. Aun su cuello de toro y el tranco de sus piernas eran tema obligado de los reportajes y crónicas que daban cuenta minuciosa de las giras que emprendía por la República. Ofrecía el maná, ganado con el trabajo. Censuraba a los negociantes en el PRI y a los políticos en la iniciativa privada. Despreciaba el tiempo estéril, tiempo de reaccionarios, y abogaba por una nueva actitud mental, otra manera de mirarnos a nosotros mismos para hacer de la existencia una hazaña cotidiana, tiempo de revolucionarios.

Resumía González Guevara, priista notable: "Es posible que haya nacido el líder que México necesita".

Sobre cubierta del transbordador La Paz, la cara al muelle de Mazatlán, Esther aguardaba al candidato. Ciudadana del ciudadano, atendía el parloteo de las señoras que viajaban con ella. La adulaban, decían que Echeverría era el carácter, el carisma, México en busca de su destino. Sin amor por las palabras, ensuciaban el lenguaje. Apoyados los brazos en la barandilla del barco con destino a La Paz, yo miraba a la multitud en tierra y observaba a la señora de Echeverría, a un metro de distancia. Me dijo, amable: "Viene con dos horas de retraso, pero no importa. Mire a la gente, Julio, constate su júbilo".

Precedido de un rumor ensordecedor, en el centro de un trájín frenético, envuelto en serpentina, bañado por confeti de todos los colores, apareció exultante bajo los últimos rayos del sol. Sus brazos y sus manos eran aspas que saludaban a los cuatro puntos cardinales, su boca era un alarido a los rostros desconocidos que se le aproximaban con un ansia casi sexual.

Hombres y mujeres avanzaban hacia él para tocarlo y gritarle incoherencias. La multitud se hinchaba y comprimía, brama-

ba, hacía sonar las matracas, desgranaba porras. Bajo el cielo en llamas, confundidos todos con todos, la alegría era como una epidemia, contagiosa. Finalmente zarpó el transbordador La Paz. A la distancia quedaron los sueños de los soñadores.

Dueño del barco, sin rival, el candidato se dejaba cortejar por los políticos, los invitados, los periodistas que le acompañábamos. En las conversaciones personales sostenía la mirada en la mirada que lo hurgaba o se le rendía. En público su voz sobresalía y sus carcajadas retumbaban. Hacía sentir una personalidad de atleta, sin espacio para la fatiga. Rara vez iba al baño. Principiaban los cuchicheos: "Casi no duerme, ni orina, si no quiere".

En una mesa para cuatro personas, a lo largo de treinta y seis horas de travesía tuvo siempre a los mismos comensales: Martín Luis Guzmán, Manuel Espinosa Iglesias y yo. Desde nuestro encuentro en Gobernación, tres meses antes, no había cruzado palabra con él. Ahora contaba con su compañía.

"En una frase. Luis, una sola ¿cuál será tu afán como presidente?". "Darle voz a todos los mexicanos, que cada uno conozca sus derechos y obligaciones, y que los ejerza. Avanzaré en este camino tanto como pueda". Le pedí una entrevista. Me dijo que más tarde y también que en su momento *Excelsior* se convertiría en un factor para enfrentar los retos que le esperaban como presidente de la República.

Dos meses después lo vi de nueva cuenta, ahora en la Escuela de Agricultura de los Hermanos Escobar, en Chihuahua. Por la noche, en un salón a reventar, habló a maestros y alumnos con un fervor que no le conocía. Su pasión encendió al auditorio y él quedó a merced de los oyentes. Así es la palabra que comunica.

Un ayudante me indicó en voz baja:

—El señor quiere verlo.

—Acompáñame —me dijo Echeverría.

Juntos recorrimos la exposición agrícola montada en su honor. De reojo le miraba la frente, amplia y redonda como una bóveda. Allí no estaba su fuerza, intelectual no era. Su fuerza era el futuro, otra manera de amar y luchar por el país. Ofrecía la escisión de su propio pasado para hacerse creer. Me impresionó el escenario.

Había rostros tensos, ojos hipnotizados. La ansiedad de algunos transmitía angustia. El candidato podía cambiar la vida que quisiera, torcer el destino que le viniera en gana. No hay prestigio que se compare al prestigio del poder. Frente a una vitrina que exhibía objetos de uso común en el campo, le dije:

—Uno a uno te han acompañado en las giras los directores de los periódicos. Fui el último, ¿por qué, Luis? ▶



Echeverría en 1975. Descalabro y huida de la UNAM

Archivo Proceso

-Son conocidas tus diferencias con el presidente.

-¿Es todo?, ¿de veras?

-Debo cuidar las formas. Ni siquiera para mí es fácil el trato con don Gustavo. Tú le conoces.

Solos entre la multitud, me emocionó su voz en sordina: "Cambiarán las cosas. Ten paciencia".

* * *

Diría Perogrullo que no hay manera de encontrar a un hombre libre entre hombres sumisos. Se da la libertad por un ánimo común o la libertad personal languidece y degenera. La libertad es una lumbré que necesita de muchas lumbres para ser lumbré verdadera. Tampoco existe el tirano solitario. Sus sombras lo siguen a donde quiera que vaya.

Afirmaba Echeverría que entendía su tarea como el esfuerzo complementario de una voluntad colectiva para hacer de México un país cada vez más libre. Libres todos, la nación también lo sería. "Coordinador de los esfuerzos nacionales", se llamó a sí mismo. A la prensa le decía que nada le importaba tanto como la libre difusión de las ideas. Podrían escudriñar los reporteros lo que les viniera en gana, que trabajaría bajo la inapelable luz del mediodía.

Sin sorpresa para nadie condenó Echeverría al gobierno de Tlatelolco. Dio forma a una idea redonda. Emisarios del pasado llamó a sus antagonistas, desechos de la historia. A Díaz Ordaz lo sepultó sin contemplaciones, más allá de la muerte, en el olvido. Nunca más pronunció su nombre. El 10 de junio de 1971, sueltos Los Halcones por las calles de la ciudad, observó impasible cómo iniciaban la acometida contra el regente Alfonso Martínez Domínguez y el jefe de la policía, Rogelio Flores Curiel.

Fui en ese tiempo un asiduo de la casa presidencial. Los Pinos y sus ritos, las oleadas de funcionarios y personajes citados a la misma hora por el presidente de la República, atendidos de la mejor manera y distribuidos como se pudiera, fueron el escenario ideal para mi trabajo. Allí topaba con quien quisiera y con quien no imaginaba, allí me hacía de citas y entrevistas para nutrir al diario de información privilegiada. En el barullo, Echeverría se hacía de espacio para conversar conmigo. Centinela de la libertad de expresión, me preguntaba:

-Entre tú y yo, ¿obstaculiza tu trabajo alguno de mis colaboradores?

-No, señor presidente.

-Si ocurre, me avisas. A través de Fausto.

Fausto Zapata, su jefe de Prensa, poseía la virtud por excelencia de los hombres dotados para las relaciones públicas: ponía el mundo a los pies de los periodistas que le interesaban.

* * *

El 10 de junio de 1971 jóvenes inermes fueron agredidos a la vista de miles de testigos horrorizados. Desfilaban por las calles de la ciudad, alborotadores y pacíficos, cuando oleadas de energúmenos les cayeron encima a palos y golpes de karate. Algunos murieron. Muchos escaparon, heridos. En el estupor, la voz serena del presidente ofreció justicia. Cesó al regente Alfonso Martínez Domínguez y al jefe de la policía, coronel Rogelio Flores Curiel. Enfrentaría el gobierno las consecuencias de la investigación, las que fueran. No habría un segundo Tlatelolco en el país.

El coronel Manuel Díaz Escobar, diplomado del Estado Mayor, fue señalado como autor de la acción brutal. Ya en las postrimerías del régimen de Díaz Ordaz había entrenado con rigor a un grupo de jóvenes atletas, "Halcones" se pusieron por nombre, feroces en la lucha y en la rapiña. Bajo el gobierno de Echeverría, el coronel Díaz Escobar ocupaba un puesto oscuro en el Departamento del Distrito

Federal. Era voz pública que en su caja de caudales cobraba los haberes para el grupo paramilitar que comandaba. Enérgico, el presidente de la República enfrentó el problema, pero no a Díaz Escobar.

Participó Excelsior en la indignación y esperanza del país. A Octavio Paz le pedí un artículo que abordara el tema. Me respondió que no tenía tiempo. Le rogué que me dictara por teléfono un texto breve. Acedió. La actitud del presidente le parecía loable. No obstante, deberíamos aplazar cualquier opinión definitiva. Al Príncipe ha de mirársele de lejos, si de juzgarlo se trata, sostenía Octavio. "No te acerques demasiado al fuego del poder, que no es fuego que purifique", me previno.

También le pedí un texto a Carlos Fuentes. Aceptó del mejor grado. Dos columnas paralelas en la parte superior izquierda de la primera plana de Excelsior dieron cuenta de sus opiniones. Echeverría no era Díaz Ordaz.

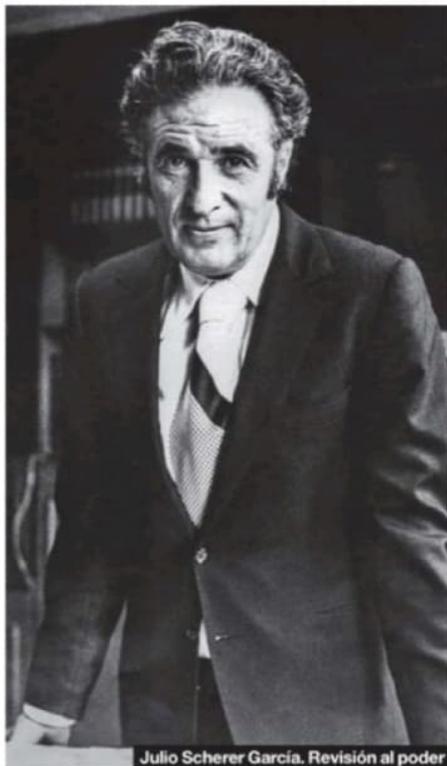
Busqué a Martínez Domínguez y a Flores Curiel. Callaron ambos. El silencio cómplice o el silencio cobarde selló sus labios. Busqué a Díaz Escobar. Sólo averigué que había desaparecido.

* * *

Teníamos claro que no era la función de Excelsior complacer al presidente ni servir al gobierno. Echeverría era un hombre entre los hombres y si se equivocaba, se equivocaba él y no sus secretarios. Y si cometía errores, los cometía él y no sus ayudantes. Y si mentía, él era el falaz y no los críticos de su política.

No se sumó Excelsior a otros diarios en el rito de la adulación al poder. No identificó al presidente con la patria. Permanece el periodismo en los seres que viven y en las cosas que son. Su grandeza es la del hombre. Su poesía es la del agua que corre sin agotarse. La existencia cotidiana era más rica y compleja, más atractiva y dramática, más novedosa y sorprendente que la actividad de Echeverría y el sistema detrás de él y detrás del sistema las legiones y la lisonja y las frases inauditas consagradas al jefe: "Con usted hasta la abyección, señor presidente".

No inmortaliza la palabra presidencial ni cambia la naturaleza el soplo de su aliento. Sin embargo, habíamos dedicado al presidente nuestros encabezados de la primera plana con monótona regularidad. Abandonábamos la costumbre. Más y más descendían al centro de la página frontal del diario y aun a sus páginas interiores los discursos de Echeverría. Pasaba a mejor vida la sección de sociales, catálogo de matrimonios, fiestas, mo-



Julio Scherer García. Revisión al poder

das, bautizos, confirmaciones, banquetes. Desaparecía el Día de las Madres con el mensaje del papa a las cabecitas blancas y el festejo del 10 de mayo en el Auditorio Nacional, el director del periódico a un lado de la primera dama, cortesano obligado. Crecía el número de reporteros que se hacían de un prestigio propio, enriquecíamos la información internacional con servicios en todo el mundo. Las páginas editoriales eran cabalmente independientes y en la sección deportiva se hablaba de los ratoncitos verdes en pos de gloria.

Crecía el encono contra nuestra, florecía la calumnia. Bajo la firma apócrifa de un tal José Luis Franco Guerrero circuló un cuadernillo quincenal titulado *Las malévolas noticias de Excelsior*. Sin pie de imprenta circuló *El Excelsior de Scherer*, firmado por un hombre de paja, Efrén Aguirre. No hubo límite en la ofensa a trabajadores y colaboradores de la cooperativa. Supe por el anónimo que era un degenerado sin redención. A don Daniel Cosío Villegas se le quiso manchar con páginas viles, *Danny el Travieso*, obra con adjetivos y sin rostro visible.

Había, sin embargo, otros signos: el presidente de la República abogaba por una información sin inhibiciones, crítica. Reiteraba, en público y en privado: un gobierno honrado y una prensa independiente son puntales de la sociedad democrática.

* * *

Ese día, 14 de marzo de 1975, estaba invitado a comer en Los Pinos. No necesitaba hojear la agenda para recordar la cita. Excitaba mi interés la sola presencia de Echeverría. Habitaba en el mundo de lo impredecible. Por primera vez en muchos años un presidente caminaría por el campus universitario, infranqueable para los jefes de la nación desde tiempos anteriores al de Gustavo Díaz Ordaz, aborrecido como nadie por los estudiantes. No olvidaban el 2 de octubre de 1968, secretario de Gobernación Luis Echeverría.

Tampoco el 10 de junio de 1971. En el caso de Tlatelolco los reos se contaban de un solo lado y en el caso del 10 de junio nada se sabía de las investigaciones ofrecidas. Se perdían en la distancia los emisarios del pasado de que había hablado el presidente al cesar a Martínez Domínguez, no en la memoria de los jóvenes. Es vivaz la evocación: hace presente el ayer. En estos misterios el calendario no cuenta.

Rodeado de jóvenes sudorosos, sudoroso él, enfurecidos todos, aullaban los muchachos y aullaba Echeverría. En el auditorio de la Facultad de Medicina se comunicaban con improprios. Los estudiantes querían vengarse, humillar al pre-



Sánchez Navarro. Boicot de publicidad

sidente, que los provocaba en su terreno. El presidente quería doblegar a los muchachos, vengarse también, demostrarles que hasta en la Ciudad Universitaria tendría que ser recibido, que no había quien pudiera levantarle un muro al jefe de la nación. Había llegado a la cúspide para transformar al país en seis años y lo iluminaría con la luz del cenit sin la previa luz del amanecer. Nada escaparía a sus propósitos.

"Jóvenes fachistas", aullaba, que no gritaba, bloqueado por muchachos y maestros, por periodistas fascinados y aterrados. "Jóvenes fachistas", se encrespaba, violento y desafiante. La marea subía y el encono rompía los disfraces y mostraba el gesto de la rabia. Los muchachos lo increpaban y se cobraban agravios. Sus puños en alto golpeaban el aire dispuestos a la destrucción. "Jóvenes fachistas", aullaba Echeverría. "Asesino", aullaban los jóvenes. "Hijo de la chingada, cabrón", insultaban hasta desgañitarse. "Así gritaban las juventudes de Hitler y Mussolini", contestaba el presidente. Combatían los bandos a partir del odio, sin más arma que la ferocidad. Los gestos eran los del crimen.

Oficiales del Estado Mayor arrancaron al presidente del cerco que amenazaba su vida. Fue una operación a tiempo, precisa. Volaban por el campus cuando una piedra se estrelló contra la frente de Echeverría. La sangre manchó su traje, la corbata, la camisa. El capitán Jorge Carrillo Olea se hizo cargo de la situación y como a un muñeco hundió al presidente en el asiento trasero de un automóvil. La voz del militar, un bramido, ordenó la marcha fuera de la Universidad. Invitado a Los Pinos ese día, me disculpé por mi ausencia explicable. Ya me indicaría el presidente la fecha de la nueva reunión, dije al Estado Mayor. Echeverría,

sin embargo, precisó que me aguardaba y reiteró la hora de la cita: 13:45 horas.

Lo encontré en los jardines de Los Pinos. Sonreía y se paseaba con la naturalidad de quien ha visitado a un grupo de amigos en un hermoso lugar de recreo. Impecable la camisa blanca, elegido el traje beige, adecuado a la tarde soleada, limpio el rostro, abordaba el tema como un incidente del que no valía la pena ocuparse.

Desencantaba a los periodistas, ávidos de alguna frase caliente. Pero ¿de qué se preocupan, mis atribulados amigos, si nada ha pasado? Ja, ja, ja. Las risotadas, monosilábicas, morían sin eco.

-Volveré -había gritado a los estudiantas, ya en plena retirada.

-¿Volverá usted a la Universidad? -le pregunté en el primer momento que estuvimos solos.

-Volveré, por supuesto.

* * *

Las palabras daban vueltas alrededor de sí mismas. Fausto Zapata no se decidía a decirme lo que tendría que comunicarme. Atrapado por el circunloquio, tardaba en romperlo. Me hacía sentir que el mensaje del que era portavoz tenía la mayor importancia y que yo debería interpretarlo sin necesidad de que él lo hiciera explícito. Por mi parte, le dificultaba el cometido. Era angustioso el ir y venir de sus palabras.

-Debería visitar al secretario de Hacienda.

-¿Así nomás? ¿Por qué, Fausto?

-Es un deseo del presidente Echeverría.

-¿Relacionado con la sucesión presidencial?

-Así es.

-No entiendo.

-Sí entiende.

-No, Fausto, no entiendo.

-¿No?

-No.

-¿De veras, Julio?

-Se lo aseguro.

-El licenciado López Portillo será el candidato -dijo de un golpe. A la revelación siguió un largo silencio. Volvió la voz de Fausto distinta, cómplice, voz cálida y ahogada. Conviene que visite al futuro presidente de México. Desde ahora.

Me llenó de gozo saber sin lugar a dudas.

-Le digo al licenciado López Portillo que sé, por supuesto.

-Eso no.

-¿Por qué?, si sé...

Discurrió, imperativo:

-Usted se presenta en la Secretaría de Hacienda con el ánimo de quien hace una visita de cortesía a su titular. ▶

-¿Tiene sentido?

-Así lo quiere el presidente Echeverría.

Compartido el misterio, fue explícito Zapata. Me pidió que *Excelsior* hiciera valer con tino e inteligencia la información que ponía en mis manos como un tesoro. Sugirió la publicación en la sexta plana de un artículo y una caricatura que dieran a entender, a quienes quisieran entender, que López Portillo era el bueno. Adelantó el nombre de un gran escritor como candidato para la tarea: Ricardo Garibay. "De acuerdo -dije-, yo hablo con él." ¿Y el cartoonista? Trataría el tema con Marino, le dije a Zapata.

El jueves 18, en la sexta plana de la primera sección, a tres columnas escribió Ricardo Garibay un texto que desde el encabezado ponía en claro las cosas. "De persona a persona", decía el balazo, título en letra pequeña. Y en letra de mayor tamaño: "Uno de los siete". Uno de los siete era López Portillo. Excluidos los otros seis, era el único.

Al día siguiente, en la misma sexta plana aparecieron dos encapuchados de Marino. Le pregunta el que no es al que sí es: ¿Y tú quién crees que sea el bueno? El bueno, fuerte, alto, erguido, guarda un silencio ufano. Asoma de la bolsa de su saco una de las patas de sus anteojos, rasgo inconfundible de José López Portillo.

* * *

Animados por el propósito de rehacer nuestra amistad, Sánchez Navarro y yo volvimos sobre nuestros pasos. Aclaramos situaciones y recobramos el presente sin amarguras ni reclamos por el pasado.

-Juan -le pregunté un día de noviembre de 1985-, dime, pero dime la verdad: ¿es o no cierto que el presidente Echeverría inspiró el boicot de la iniciativa privada contra *Excelsior*?

-Absolutamente -me dijo.

-¿Absolutamente, dices?

-Sí, eso digo.

-Cuéntame -lo apremié.

A juicio de la cúpula de los organismos privados en el país, el Comité Coordinador Empresarial que presidía Juan Sánchez Navarro, *Excelsior* perdía objetividad en la presentación de las noticias y peligrosamente torcía el rumbo a la izquierda. Alarmados por la orientación del periódico más importante del país, industriales, banqueros y comerciantes exponían sus temores al presidente Echeverría. Él los escuchaba con los ojos entrecerrados y sin despegar los labios, igual que un sacerdote atento a la perversión del mundo, pero inerte frente a ese mundo que se le viene encima. Fue durante una comida en la casa del ingeniero Bernardo Quintana que el tema dejó de ser un soliloquio para los empresarios. Se miraron unos a otros, sorprendidos, cuando Echeverría les dijo

que ellos eran los responsables de que la situación hubiese llegado a extremos que juzgaban inaceptables.

Mencionó la publicidad, sostén de la cooperativa, y habló de los muchos millones de pesos que por decisión propia canalizaban a la caja de *Excelsior*. Pronunció una frase redonda, clave en la maquinación:

-De qué se quejan -les dijo Echeverría-, si ustedes tienen el panderero en la mano.

-¿Así fue, Juan, así lo dijo?

-Hay datos que se me pierden, pormenores confusos que a la distancia de los años no podría precisar con certeza absoluta. Pero no me cabe duda acerca de la frase textual que te refiero. "Ustedes tienen el panderero en la mano", nos dijo. "La frase la recuerdo perfectamente. Fue nítida, impresionante."

Alentados por Echeverría, organizaron los empresarios el cerco contra *Excelsior*. El boicot sería hasta el final. Influirían en las decisiones de la cooperativa o presionarían hasta asfixiarla.

El 6 de mayo de 1972 los directores de los principales diarios del país cumplimos con el besamanos ceremonial en Palacio. Tramitada la invitación para que el presidente encabezara el Día de la Libertad de Prensa, el 7 de junio, nos formamos en fila para despedirnos del jefe de la nación. Uno a uno avanzábamos hasta donde él se encontraba y repetíamos la escena: sonreía el primer poder, sonreía el cuarto poder, sonreían los dos poderes, sus manos enlazadas en ademán de amistad. La foto histórica eternizaba el instante.

Para los afortunados había tiempo extra, parte del rito. A ellos les hablaba Echeverría en sordina, envuelta en el secreto la escena palaciega. Llegado mi turno, su mano fuerte y larga oprimió ligeramente mi brazo. Era la señal. Era de los elegidos. "Quería decirte", empezó. "Diga, señor presidente". "Me han llegado informes que no debes menospreciar. Tengo noticia, no confirmada aún, de que los empresarios planean represalias contra *Excelsior*". Sonrió Echeverría, amistoso. Cualquier dato que tuviera, él se comunicaría conmigo. En cualquier circunstancia podría confiar en él.

-Gracias, señor presidente.

-Sabes que aprecio tu esfuerzo.

Alguna vez, en Los Pinos, frente a un aparato de televisión con las pantallas en línea horizontal, Echeverría encendió todos los canales a la vez. "Mira", dijo. Primero le vi el rostro. Tenía la expresión de quien huele olores que le repugnan. Otra vez me dijo que le preocupaba la influencia de la iniciativa privada en los medios electrónicos. Penetraba por todos lados, como el viento o la humedad, conquistaba territorios que no le correspondían, se hacía de fuerza y se ocultaba, como un ro-

ble que creciera hacia el fondo de la tierra. Decía también que nada lesionaba a los medios impresos como la autocensura, el gran enemigo de la libertad de expresión. la autocensura, afirmaba, adelgaza la sangre, debilita los jugos del hombre y hace del varón un eunuco.

Correspondían los discursos de Echeverría a su excitada actitud contra los grandes empresarios y sus manejos abusivos. Decía que, a la sombra del poder, acaparaban el sol. Entretanto, se endurecían las relaciones entre la iniciativa privada y el periódico. Eran tensas mis conversaciones con Sánchez Navarro. Sostenía que me apartaba de la equilibrada tradición de *Excelsior*, empeñado en vulnerar a los empresarios.

"No armaremos el fusil de nuestro enemigo -amenazaba-. Tarde o temprano romperemos con *Excelsior*". Yo argumentaba que hablaba así desde una posición de fuerza, apoyado por recursos desmesurados. Le decía también que me resistía a contemplar la convivencia como una paz sujeta al capricho del más fuerte, decretada la guerra cuando le venía en gana. Te ciega el amor propio, la pasión, me decía. No ves más allá de tus intereses, le decía a mi vez. Un día me anunció que bastaba de discusiones estériles. Retiraría su publicidad de *Excelsior*, dispuestos a propinarle una lección al diario y a su empecinado director.

No cederla, por supuesto. Pero a la intranquilidad de los primeros enfrentamientos siguió la angustia. No sé hasta dónde puedan llegar los estragos que causa, pero sí sé que la angustia altera el apetito, el clima, los colores, la sexualidad, que aviva algunas luces y apaga otras muchas, que está en el estómago y no hay modo de agarrarla, que de mala manera se mete con lo mejor de uno mismo.

No hizo falta que buscara a Echeverría. Él me buscó. En Los Pinos escuché un nuevo alegato en favor de la libertad de expresión. No era tolerable que estuviera en manos de intereses particulares. No hay manera de ponerle trabas a la curiosidad del hombre y a su necesidad de transmitirla, dijo. No hay viento que pueda apresar el cuenco de una mano ni idea que pueda dominar el dinero o el poder. Ajustamos detalles.

Por cuenta de las empresas paraestatales, el secretario de Patrimonio Nacional, Horacio Flores de la Peña, haría llegar a la cooperativa la publicidad que le hiciera falta para resistir el boicot empresarial. Le dije al presidente que la situación que enfrentaba colocaba al periódico en una situación de extrema debilidad frente a él mismo y a la iniciativa privada. No teníamos más defensa que el orgullo de periodistas, cualquier intervención del gobierno en el diario, cualquier insinuación para publicar o no publicar, para pu-

blicar de manera determinada o modificar el giro de algún reportaje o editorial, daría al traste con el acuerdo al que habíamos llegado. "Por supuesto", respondió el presidente. "Permita que insista, señor presidente. No podría aceptar que...". Pensaba Echeverría que todo había sido dicho y aclarado. "Por supuesto, Julio, por supuesto, en este proyecto no existe más afán que garantizar la libertad de expresión al mejor periódico del país".

Una mañana, finalmente, se inició el boicot. Me golpeó el diario, alterada su cara. De un día para otro las señoras quedaban sin información sobre las baratas, los precios y las modas de los grandes almacenes. Por más atractivos que resultaran los mensajes de Aceros Ecatepec y Cananea Mining Co., nada tenían que hacer comparados con las planas de París Londres, El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool, Sears Roebuck, Sanborns. Tampoco tenían sustituto los anuncios de los bancos ni los desplegados de la televisión, se-

gunda naturaleza de un público vastísimo.

En el desconcierto era un alivio el trato con Horacio Flores de la Peña. Pasa por áspero y es sensible. Tiene fama de impaciente y desprecia el tiempo frente al apuro de un amigo. De niño acompañaba a su padre a las reuniones del comité central del Partido Comunista en Saltillo, lo conducía de la mano, casi siempre de noche, terminado el trabajo. Ya en el local del partido, José Flores Dávila ocupaba su sitio entre los importantes de la junta y miraba de frente sin ver. Perdido para la luz, las horas se le escondían. De madrugada, regresaba con su hijo a casa.

"Llévate eso", me rogó y ordenó una de las primeras veces que conversamos en su oficina para resolver algún problema relativo a la publicidad de alguna paraestatal. "Tiene papeles y facturas", me advirtió. Tomé el portafolios que señalaba y me dispuse a regresar al periódico. "Que te acompañe el capitán Cadena". Le dije que no, que no tenía por qué molestar a su

jefe de ayudantes, que siempre había ido solo de un lado para otro. "Que te acompañe el capitán, te digo". No, Horacio. "Acompáñelo, capitán".

Camino de Reforma 18 supe de la vida de mi acompañante. Cadete del Colegio Militar en los cuarenta, sufrió y disfrutó las novatadas de la época, crueles y sanguinarias. Contaba, enamorado de su dolor y gloria por haber resistido la prueba:

Nos enrollaban en las alfombras y nos lanzaban a la alberca. Algunos murieron asfixiados. Nos encerraban en los lockers y le daban vuelta a la llave, por fuera, naturalmente. Luego calentaban con fuego el locker, de acero y lámina gruesa. Era el infierno. No había manera de hacerse para ningún lado ni manera de quedarse quieto. Si gritábamos, más tardábamos en salir. Supe de pelones con quemaduras de tercer grado en las plantas de los pies.

-¿Volvería a esa vida, capitán?

-Mil veces.

Fajos de billetes y dos notas contenía el portafolios. Una de las notas daba cuenta del primer dinero que Flores de la Peña enviaba a Excelsior: 1 millón de pesos. La otra detallaba la lista de las paraestatales que se anunciarían en el diario. Díaz Rondono se encargó de programar sus inserciones y tramitar el cobro de las facturas. "No es tarea para ti", me dijo entonces.

Tiempo de humor ácido fue el de aquella época. Roto el diálogo con la iniciativa privada, fluía la publicidad oficial a Reforma 18, a sabiendas todos que no tenía más función que mantener a flote la economía de la cooperativa. Caíamos en la rutina del absurdo: libres y dependientes del gobierno. Sin noticia de los empresarios, el silencio envenenaba aún más el conflicto. No hay voz con carga igual a la palabra inefable. Una mañana inesperada me anunció mi secretaria un telefonema de Sánchez Navarro. Llamó, victorioso:

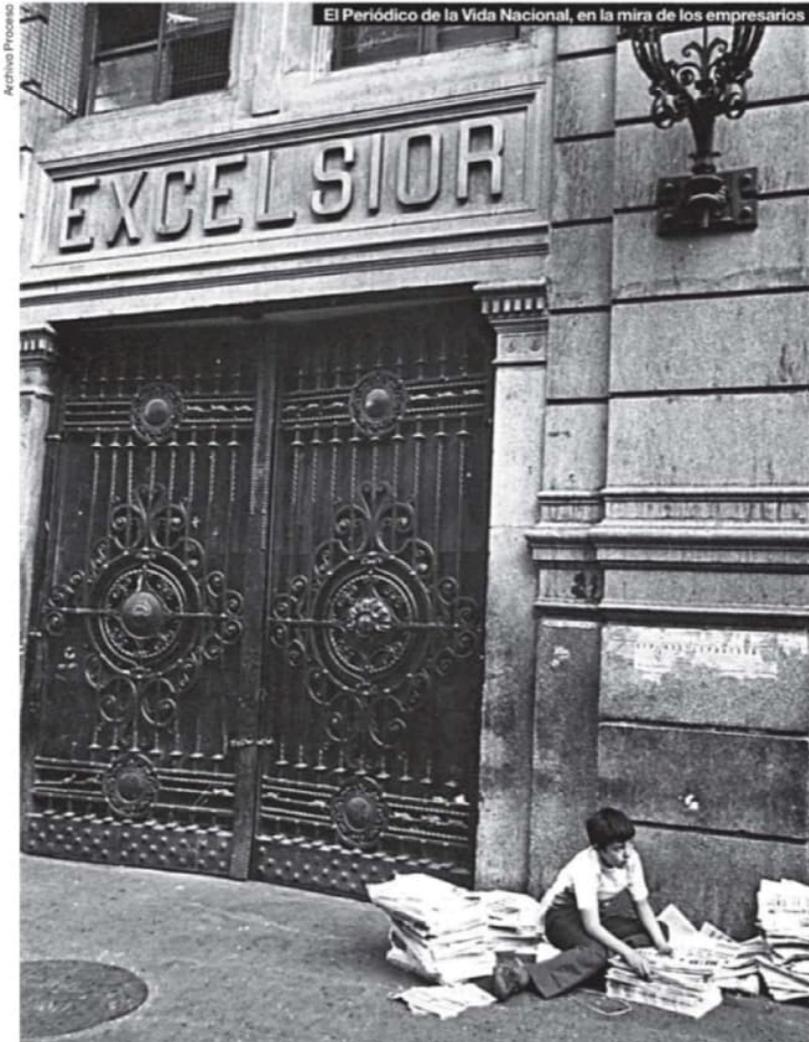
-Estás perdido -me dijo.

-El que está perdido eres tú -contesté por instinto.

Al cabo de unos días, sin explicación alguna, poco a poco hasta alcanzar la normalidad de los mejores tiempos, reapareció la publicidad empresarial en las planas de Excelsior. Le pedí al presidente que me contara el desenlace de hechos que no comprendía. Fue parco y distante: "No había manera de que se salieran con la suya. El gobierno estaba de por medio". Pregunté a los empresarios qué había pasado, las razones de su rectificación en un conflicto planteado en términos de principios.

Nadie me dijo nada, salvo Carlos Abedrop. Abrió una mirilla por la que vi brumas y sombras:

-He conocido a un hombre falso como ninguno: Luis Echeverría Álvarez. 



El Periódico de la Vida Nacional, en la mira de los empresarios